



SUFISMO: CAMINO HACIA DIOS

Por Héctor Ituarte

El sufismo es la mística del Islam. El Islam es la última de las religiones reveladas pertenecientes a los monoteísmos semíticos, que completa la serie de revelaciones que constituyen el Judaísmo, el Cristianismo y el Islam mismo.

Islam etimológicamente significa “paz” y “sumisión” y los sufis definen entonces al Islam, como “la paz que obtiene el corazón cuando somete su voluntad a Dios”.

Mística es la tendencia del alma a dejar su individualidad y unirse a la Divinidad. El propósito de la mística es la unión con Dios.

Por lo tanto el Sufismo es el camino mediante el cual el musulmán se va purificando hasta hacerse uno con la Realidad.

El libro sagrado, la palabra increada de Dios, para el Islam, es el Corán, revelado por el Arcángel Gabriel a Muhammad a lo largo de 23 años, entre el 610 y el 632 d. C. Esta es la fuente de

las enseñanzas del Sufismo, más los dichos del Profeta o tradiciones.

La metafísica que fundamenta el Sufismo y el Islam es la doctrina de la Unidad Divina o *tawhid*. Está cimentada en la declaración de Fe o *Sahada* que dice: “*la illaha illa Allah*”, “no hay dios, sino Dios” o “no hay más dios que Dios”. Este testimonio de fe, es el fundamento metafísico del Sufismo. La única realidad es Dios, no hay nada que sea real fuera de Dios. Todo lo que existe tiene su soporte, su sostén, su fundamento sólo en Dios. Ninguna cosa es real por sí misma, si goza de la existencia es porque Dios quiere que “sea”. Es decir, no hay nada en el mundo que no esté sostenido por Dios mismo. Claro que para percibir esto, hay que purificar la mirada, es decir la mente, y pulir el corazón para que sea el reflejo más fiel posible de la Realidad Divina. Cuando esto se alcanza, se hacen realidad las palabras del Corán: “mires donde mires allí está el Rostro del Señor”.

La progresión en el camino espiritual del sufi está descrita en tres grados de profundización que se conocen como *islam*, *iman* e *ihsan*, la sumisión consentida, la fe y la excelencia.

Islam, que es la sumisión, es el primer grado de la religión exterior, la obediencia, el respeto a la Ley que requiere que el creyente reconozca esta Ley y se someta a ella. Consiste esen-

cialmente en respetar los cinco pilares: testimonio de la Unidad, oración, limosna, ayuno y peregrinación a la Meca.

El grado de la fe, *iman*, es más avanzado. Aquí la experiencia religiosa es más profunda, hay una gracia que penetra el corazón que hace comprender el sentido de la Ley y las prescripciones reveladas y adherirse a ellas con fervor y lucidez.

La excelencia o *ihsan*, es la participación de cuerpo, alma y espíritu en disponibilidad completa en todo instante, una abertura para lo que Dios quiera. El hombre que ha llegado a *ihsan* ya no se pertenece a sí mismo, pues ese grado de virtud es “adorar a Dios como si Le vieras, porque aunque tú no Lo ves, Él te ve”. Es la conciencia de la presencia de Dios en todo instante. El hombre que llega aquí tiene el corazón como un espejo puro en que la Divinidad puede reflejarse. Las prácticas sufis tienden a reconducir al hombre a ese estado. Según el Corán, “el hombre recupera su más bella forma”, en la que fue creado.

Una noción fundamental en el camino del sufi, en su búsqueda, es la “disponibilidad para Dios”, el equivalente del *vac-care Deo* cristiano, idea que traduce la palabra *faqr* que significa literalmente pobreza. De aquí procede fakir y en persa *darwish* o derviche, que también significa “pobre”. La pobreza es la “conciencia de la total dependencia de Dios” que nos lleva a la humildad y a vaciarnos de toda pretensión. Este es el “des-

pojamiento”, el “desasimiento” de los místicos cristianos, el desapego de los sabios hindúes. La palabra sufismo deriva de “*suf*”, lana, de la que estaba hecho el hábito de los primeros ascetas y así una de las más bellas definiciones del sufismo dice: “*el sufi es aquél que no posee nada y no es poseído por nada*”. Se refiere a dos tipos de pobreza, la material que es un medio para la purificación interior, y la espiritual, que es imperativa, que implica desapegarse de las pasiones, de los deseos que nos distraen y dispersan e impiden a Dios penetrar en nuestro corazón.

La vía hacia Dios, el camino, se llama *Tarika* en el sufismo, e implica un compromiso de la inteligencia y la voluntad de parte del caminante, viajero o discípulo. Uno de los primeros sufis dijo que el sufismo es “*captar las realidades y renunciar a lo que está entre las manos de las criaturas*”, por lo tanto apertura del corazón y del espíritu, ejercicio de discernimiento y esfuerzo de la voluntad para vaciarse de las preocupaciones efímeras, las pasiones mundanas y los deseos egoístas. El hombre se hace así un “conocedor de Dios” porque ha purificado su alma de modo que pueda penetrar en él la Divina Presencia.

Al- Gazali describe el itinerario del sufi de este modo: “comenzar por combatir las propias cualidades censurables, cortar

todos los lazos con el mundo, dirigir todo pensamiento hacia Dios, ese es el buen método. Si alguno lo alcanza desciende sobre él la misericordia divina. El único esfuerzo por parte del místico consiste en prepararse a ello mediante la purificación y la meditación, acompañadas de voluntad, deseo absorbente, y espera de la misericordia de parte de Dios...

Y termina diciendo: Si uno pertenece a Dios, Dios le pertenece.

Y aquí aparece entonces la doctrina de la unión entre la criatura y el Creador, corolario inevitable de la afirmación del *tawhid* o Unidad, porque no hay nada fuera de Dios, ni nada está separado de Él. Esta doctrina resume los dos aspectos del camino, complementarios e inseparables: el hombre buscando a Dios y Dios buscando al hombre.

El místico busca realizar su pertenencia a Dios, su total dependencia con respecto a Él, y recibir en su corazón purificado la Presencia Inefable del Dispensador de toda Gracia, el Generoso. El primer movimiento es voluntario, el don de sí, el combate del sufi en el sendero de Dios con sus bienes y con su alma. El segundo movimiento, de Dios dándose al hombre, tan sólo puede ser el resultado de una Gracia, una iluminación con una luz que no es de este mundo, y en la que, sin embargo el hombre reconoce su naturaleza fundamental.

Cuando esto sucede hay dos modos de describirlo en el sufismo. Como la extinción del ego, *al-faná*, análogo al nirvana, es como una primera etapa. Luego, le sucede *al-baqá*, la subsistencia en Dios, análogo al estado del *jivanmukta*.

Cuando todo esto que hemos explicado se pone en el lenguaje del amor, porque en definitiva, la unión con Dios, es un acto de amor, los sufis recurren a la poesía, pues estos estados están más allá de las descripciones que pueden tejerse con palabras. Entonces,

“El sufi es aquél que con los pies del Amor y la devoción camina hacia la Verdad”.

Por eso Rumi dice: *“voy más allá del nombre, la palabra y el verbo, para así, sin los tres, hablar contigo”.*

Al instruir sobre la práctica del recuerdo de Dios dicen:

*“Tan largo tiempo llevo sentado
cara a cara con mi corazón,
que mi corazón
se ha vuelto todo Él”*

*“Recordándote, me he perdido tanto a mí mismo,
que a quien encuentro en mi camino,
le pregunto por mí”.*

Una plegaria tradicional pide:

“Oh Señor, otórgame el amor por Ti; otórgame el amor por quienes te aman, haz que cumpla las acciones que me premian con Tu amor”.

*Por el Prof. Héctor Ituarte
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
